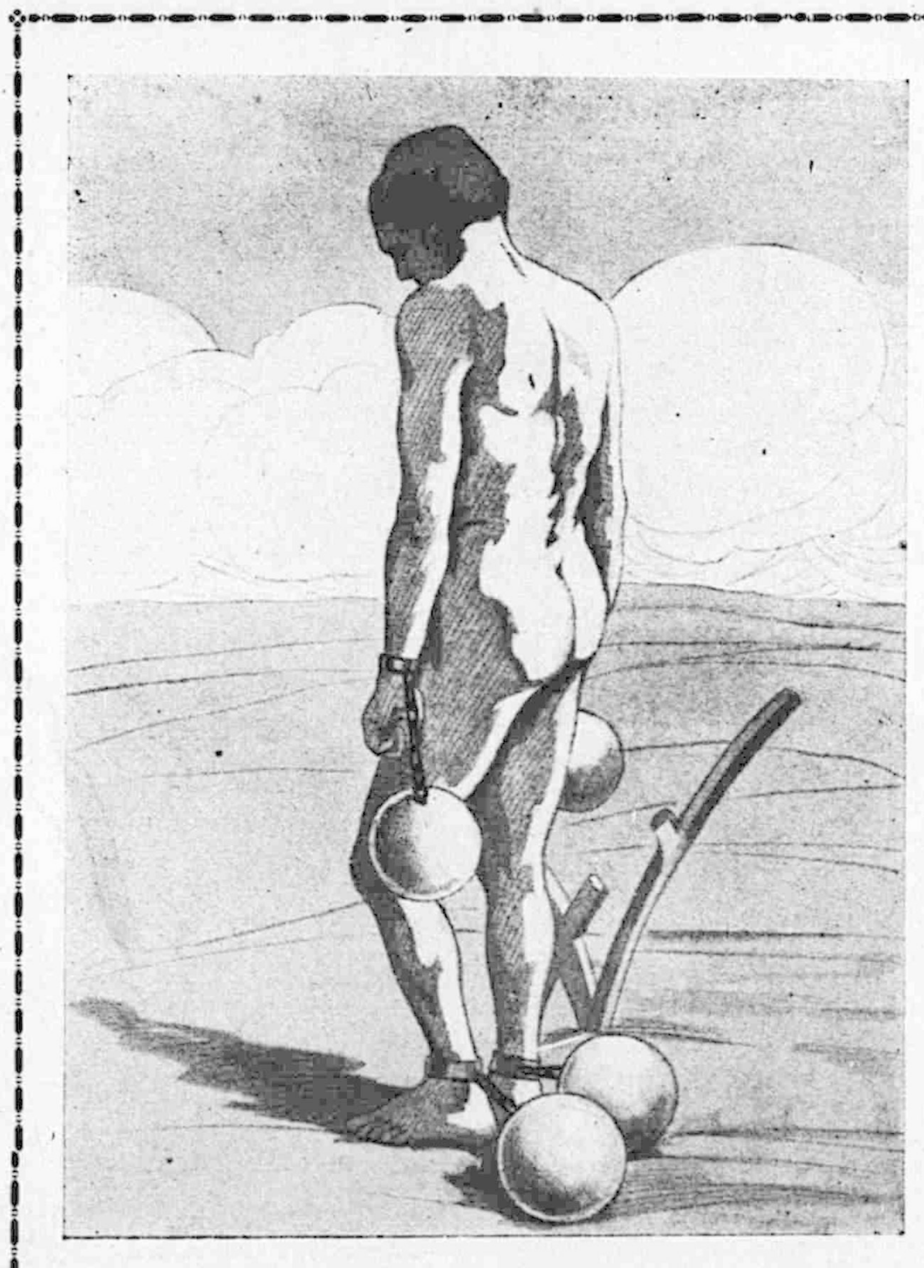
# Via Libre

Publicación Mensual de Crítica Social

AGOSTO
1920
Año 1.–Núm. 11



EL PUEBLO CABIZBAJO Y AHERROJADO

PRECIO 0.20 CTS.

# VIA LIBRE

**Publicación mensual de crítica social**

Dirección y Administración: Azcuénaga 16 — Director: Santiago Locascio

Año I. | Buenos Aires, Agosto de 1920. | Núm. 11

# LA MORDAZA

---

Estamos en pleno período reaccionario y torquemadezco.

La Constitución, tan celosamente cuidada por el juez Ramos-Mejía en su sentencia contra nuestros compañeros de "Bandera Roja", es pisoteada por la policía y por los que le hacen corro.

Por una simple orden policial se suspenden las publicaciones de carácter avanzado, cuando la libertad de prensa está consagrada por la carta magna de la República.

Por una simple disposición policial se impide a los libres ciudadanos reunirse en públicos locales, cuando el libro de los libros de la libérrima República prohibe a cualquier funcionario coartar así impunemente toda manifestación de libre emisión de ideas.

Por un prurito histérico de cualquier sabueso policial se prende a pacíficos habitantes y se les detiene meses y años en los inmundos cuadros de vulgares contraventores, sin encontrarse jueces que impidan tamaños atentados a las libertades públicas.

Los hombres de ideas, débiles ante la fuerza, están sujetos no sólo a sufrir los atropellos a su libertad, sino también a aguantar las bajas insinuaciones de algún sabueso policial que en su investidura ha perdido toda dignidad humana, reduciéndose en un miserable taimado que inconscientemente juega con la libertad y la honra de altivos y dignos ciudadanos.

Ante nuestra vista atónita, han pasado los informes solicitados por los jueces en los que constaban las falsas imputaciones suscritas fría y perversamente por cualquier alto empleado de la institución policial.

Sabemos de instrucciones dadas a comisarios seccionales, para que estos fraguaran mentidos sumarios por imaginarias infracciones contra determinadas personas que no son deseables a esos encumbrados empleados del orden.

Y sabemos más... Se ha pretendido condenar al hambre a obreros y profesionales honestos, negándose a certificar sobre su honestidad; y también a poner su nefasta influencia para que se torciera el recto criterio y la resolución ecuánime.

Nadie tiene derecho a disponer de la vida, de la honra y de la

hacienda de hombres generosos y probos, de hombres que viven del fruto que le da su propio esfuerzo y su propio cerebro, sin acudir a las arcas del Estado ni explotar el trabajo ajeno.

No. No se tiene derecho a manumitir así torpemente al prójimo. Y si el derecho es la fuerza brutal y encanallada, no debe asombrar cuando el ofendido en su extrema desesperación recurra a la fuerza para hacer respetar su libertad pisoteada, su honra ultrajada, y su hacienda manumitida.

Cuando Alberto Ghiraldo, virílmente cruzó el rostro de un sabueso en el momento de que éste pretendía prenderle, sin razón ni derecho, los jueces, reunidos en su pretorio, absolvieron al hombre que tuvo el valor de su personalidad y de su dignidad.

---

La mordaza policial, puesta con toda saña en las bocas clamantes de los hombres que piensan y que trabajan, y que por pensar y por trabajar tienen derecho a la protesta contra sus verdugos y explotadores, es la marca de fuego que sus autores se han aplicado en sus propias carnes; y mañana serán juzgados severamente, cuando se haya depurado la justicia, y cuando se hayan arrojado de su templo a los mercaderes y a los fariseos.

**Santiago Locascio.**

---

## CONSTATACIONES

La anarquía, el sistema del socialismo sin gobierno, tiene un doble origen. Es un producto de dos grandes movimientos del pensamiento, en el terreno económico y político, que caracterizan nuestra época. De acuerdo con todos los socialistas, los anarquistas sostienen que la propiedad privada de la tierra, del capital y de las máquinas, que ha durado demasiado tiempo, está condenada a desaparecer, y que todos los medios de producción deben convertirse en propiedad común de la sociedad y ser usado en común por los productores de la riqueza social. Y de acuerdo con los más avanzados representantes del radicalismo político, sostienen además que el ideal de la organización política de la sociedad consiste en una situación de cosas, en que las funciones del gobierno estén reducidas a lo mínimo y le sea restituída al individuo su plena libertad de iniciativa y de acción, para satisfacer, mediante grupos y uniones libremente constituídas, toda la infinita variedad de las necesidades humanas.

En cuanto al socialismo, la mayoría de los anarquistas llega a su última conclusión, esto es, a la completa negación del salariado y al comunismo. Y respecto a la organización política, llegan a dar un ulterior desarrollo a la parte ya citada del programa radical, a la conclusión que la meta última de la sociedad consiste en reducir a la nada la función del gobierno, es decir, a una sociedad sin gobierno, a la anarquía.

Los anarquistas sostienen además, que siendo éste el ideal de la organización social y política, no debe dejarse para los siglos futuros, sino que por el contrario, sólo serán vitales y providenciales para la humanidad las modificaciones del organismo social que concuerdan con el doble ideal susodicho y que se acerquen a él.

**Emilio Darnaud.**

# La política francesa en Rusia

De "L'Umanité".

Durante más de dos años la gran prensa asalariada del capitalismo francés que ha tenido el honor de distinguirse muy especialmente por sus ataques odiosos, sus bajas y estúpidas calumnias contra el gobierno proletario de Rusia, parece que, al fin, principia a dominarse o tal vez a desconcertarse por la realidad de los hechos.

Es así, desde el momento que los radiotelegramas oficiales de Carnarven (1), para justificar la imposibilidad de renovar las relaciones diplomáticas con el gobierno de los Soviets, recuerdan la propaganda "criminal" efectuada por el enviado bolchevique en Suiza y en Londres, propaganda que había "necesidad" de reprimir. El "Homme Libre" vino muy a propósito a recordar su olvidada cuestión referente a Ioffe, expulsado de Berlín por la chusma de socialistas imperialistas, y evocaba, en términos excelentes, la violación del párrafo segundo del tratado de Brest-Litovsk por el embajador de los Soviets, y la parte activa que éste tuvo en la propaganda revolucionaria en la Alemania de Guillome. Así se pudo leer en el "Temps" del 24 de enero (sin duda por descuido, como el "lapsus" del "Homme Libre" a propósito de Ioffé), que los acontecimientos de Rusia acostumbraban a desmentir de seguida todas las metáforas, desde la tuerca del impresor hasta los alambres de púa, lo cual fué seguido de esta melancólica conclusión: "¿Cómo se quiere que un ejército compuesto en su gran mayoría de rusos, mandado por generales rusos y dirigido por un gobierno establecido en Moscou, no represente a Rusia?

No es ese justamente, el ejército rojo "mandado por generales alemanes en busca de aventuras" y compuesto de soldados austriacos, germanos, turcos, húngaros y chinos, como nos había indicado hasta hoy la prensa parisién que parecía un poco avanzada. Bien se podría esperar que, directamente, nuestros enemigos, en la medida que podría permitirles su rencorosa ceguera de clase, un cierto esfuerzo de probidad moral. Este esfuerzo sería por otra parte tanto menos imposible que de grado o por fuerza, París así como Roma y Londres se encaminaran a grandes pasos hacia la renovación de las relaciones comerciales (volviendo en lo sucesivo, por el capital francés obligado a la quiebra, una cuestión de vida o muerte) y por consecuencia, cualquiera podría decir, y por las "relaciones diplomáticas" (sin las cuales las primeras no serían establecidas moralmente) con el gobierno de los Soviets.

## Nuevas tonterías de la prensa

Y bien, no; parecería que fuera pedir demasiado a la burguesía francesa que, en su furor, no sabe más que verlo todo rojo — es decir, sin juego de palabras — bolcheviquismo, imperialismo alemán. Lenín es Ludendorff. La vieja tontería vuelve descaradamente. No hablo de los fantásticos lucros del "Matin" sobre la pretendida "sesión histórica" del 25 de enero, a raís de la cual el gobierno sovietista había decidido enviar proposiciones de paz a Polonia, no obstante la oposición vigorosa del grupo "reaccionario alemán" que tiene una gran influencia en Moscou (!!!).

Esta relación, original de la pluma de un humorista, puede pasar en su arte como una verdadera obra maestra. Desde la primera línea hasta la última no contiene en realidad una "sola palabra" que sea exacta, (detalle divertido: ninguno de los comisarios que ha hablado no dice las funciones que ocupa en realidad). Esto es un verdadero record.

Al lado de esta amable broma que arroja una nota cómica en la escala armoniosa de las "informaciones" francesas sobre Rusia, están las "serias" observaciones del "Temps", que ve, por ejemplo, el esfuerzo heroico que ha hecho el gobierno de los obreros y campesinos de los soviets de Rusia para restablecer una industria arruinada por tres años de guerra imperialista y dos años de la más horrorosa de las guerras civiles complicado con sabotages, complots, destrucciones, etc...., un proceder extranjero dentro de la mentalidad rusa, recordando singularmente el sistema de un Federico II, y muy bien dirigida para servir los propósitos de un Ludendorff (siempre aparece ese "grupo de reaccionarios alemanes" que invisible y misteriosamente, gobierna en todas las instituciones sovietistas)!

Pero hay algo mejor. Como es difícil, con toda la buena voluntad del mundo, atacar la "diplomacia proletaria" que es la única en hacer la luz sin tratos vergonzosos — el "Temps" saca argumentos de las declaraciones francas y leales de Kopp, que ha dicho al pueblo alemán — por arriba de las cabezas de los Scheidemann y los Noske — que el gobierno de los obreros y campesinos no ha cesado de repetir durante dos años a todos los pueblos del mundo que la Rusia de los Soviets ha sido el único Estado en protestar contra la explotación y la opresión del pueblo alemán.

Sobre este particular el "Temps" funda todo un proyecto de constitución de un bloc ruso-alemán que amenazaría la paz mundial. (¿Pero existe?) Evidentemente el gran órgano del capital francés no puede resignarse en comprender que la diplomacia rusa, representada por Kopp, no es un capítulo nuevo en el libro escrito por los Gortchakoff, los Isvolsky y los Sazonoff, sobre los cuales ella ha llamado la atención para meditar, más de una vez, sobre ciertas combinaciones, y quiere a toda fuerza medir con la vara de Metternich, lo que sería igual que tomar la cinta del agri-

mensor para medir... un litro de leche. No tiene nada de extraordinario que la operación no resulte. Pero para que su cálculo resulte más probable, el "Temps" va hacia su gran motivo irresistible: el reinado del pangermanismo... en Moscou.

Esta vez es el aire más hábil de un proyecto sistemático de colonización en la Siberia, propuesto a Berlín por el gobierno de los Soviets. Y de deducción en deducción el "Temps" del 8 de febrero llega a esta fórmula magistral que arroja a la cabeza, no solamente del gobierno de Lenin, sino del partido socialista francés:

"El interés internacional, el interés de clase prima sobre el interés nacional, el interés de todos y el interés internacional favorece frecuentemente el interés alemán."

## El interés del capitalismo internacional

Verdaderamente la fórmula es excelente y voluntariamente la interpreto así: "El interés del "capital" internacional, el interés de clase de la "burguesía dirigente" prima sobre el interés nacional "francés", el interés de todos y el interés del "capitalismo internacional" favorece frecuentemente el interés "pangermánico", el interés de la reacción militar" de los "junckers prusianos".

Es necesario aclarar de una vez por todas. Se ha querido a toda fuerza hacer pasar a los bolcheviques como agentes del imperialismo alemán, puesto que era necesario intentar de "desacreditarlos ante las masas de obreros de Francia". Esto no sería nada. Es ésta una maniobra de baja política, pero si se quiere, es política, "muy grosera y muy torpe política", y es comprensible ya que la burguesía francesa no tiene el medio de elección para defender su poder vacilante. Pero lo que es intolerable, es que sean éstos, precisamente, los que durante dos años, incansablemente, sistemáticamente, diariamente, bajo nuestros ojos, con un cinismo escandaloso, hagan el "juego del imperialismo alemán", que tengan el coraje de arrojarnos a la cara esta vil calumnia! Y nuestros adversarios, mucho antes que lo piensen, podrán ser también audazmente burlados por la opinión pública.

Así, pues, señores aprovechadores de la guerra, luchando como lo habéis hecho contra el bolcheviquismo ruso, pretenderéis haber servido la causa de Francia contra el imperialismo alemán?

Pues bien; yo también expondré algo sobre estas cuestiones. En marzo de 1918, M. Noulens, embajador de Francia... en Vologda, decide de su propia iniciativa (a "pesar de las urgentes instancias del comando francés", que vió la situación sobre el frente, persistió hasta el último momento reclamando se urgiera el transporte de los ejércitos checo-eslovacos que se encontraban en Francia, y no se calló hasta convencerse de los hechos acontecidos), arrojar a los checo-eslovacos — a fin de imponer así la interven-

ción armada contra los soviets — contra los primeros batallones del ejército rojo que el gobierno proletario de Rusia dispuso "enviar en parte para evitar el movimiento insurreccional de obreros y campesinos de Ukrania contra Skoropadsky y el comando alemán" (que intentaba a toda costa mantener la dominación alemana en Ukrania todo el tiempo que fuera necesario para requisar de este país los recursos alimenticios que le eran indispensables a la Alemania imperialista para intentar su último y máximo esfuerzo sobre el frente francés, en la posibilidad de "ganar la guerra") ¿A quién favorecía esta maniobra del embajador francés? ¿A Francia, o al militarismo alemán?

Cuando al finalizar el mes de agosto de 1918, le hice partícipe a M. Grenard de mi seguridad, apoyada sobre hechos "precisos", que no solamente los bolcheviques no eran agentes alemanes, y que, por el contrario, su propaganda contribuía a abrir una brecha en el muro de arena del militarismo prusiano con una eficacia "irrefutablemente mucho más real" que la ofensiva "infructuosa" y sangrienta de Kerensky, nuestro cónsul general en Moscou, me respondió:

—Es necesario perseverar en la política de la intervención y ¿"hay un interés mayor en desacreditar a los bolcheviques a los ojos de Occidente"?

¿Qué causa servía entonces? ¿La de Francia o la del capitalismo internacional contra Francia?

Cuando abandonaron Vologda, poco antes del desembarco aliado de Arkangel, M. Noulens telegrafió a Moscou: "No se presten, bajo ningún concepto, a ninguna negociación con los bolcheviques en el caso que desearan entrar en relaciones con ustedes", lo mismo cuando nuestro ex embajador — por odio de clase — había rehusado, desdeñosamente, su apoyo al gobierno de los soviets en el momento que estos últimos parecían iban a ser extrangulados por el imperialismo alemán en Brest-Litvosk. ¿Qué interés servía? ¿El de Francia o el del capital — francés y alemán — contra Francia?

Cuando el gobierno francés se obstinó hasta el último momento en ayudar a Denikin, "no obstante haber tenido en su poder las pruebas de que estaba en contacto con la reacción militar alemana" (imponiendo este jefe nuevos sacrificios a Francia), preparando así contra Francia "herida, atendiendo sus fuerzas de restauración, y buscando en la infancia, toda aquella juventud que le ha sido arrebatada" (discurso de M. Ribot con motivo de la recepción de M. Jules Cambon a la Academia Francesa), en el caso que sus esfuerzos hubieran sido coronados por la victoria, una "coalición temible de dos militarismos monárquicos vecinos". ¿Qué interés ha servido? ¡El de Francia o bien el de la reacción mundial y — en todo caso — el del pangermanismo renaciente, de ese pangermanismo que acaba de intentar la toma del poder, gra-

cias a la política reaccionaria de los socialistas imperialistas, y cuya victoria significaría infaliblemente, de aquí a algunos meses, quiz,á la preparación de una nueva guerra con Francia!

## El general Niessel y los militares alemanes

¿Qué interés defendió el general Niessel cuando, "después del aplastamiento de Youdenitch sobre Petrogrado, intentó, una vez más, obtener del gobierno estoniano autorización para trasladar por mar de la Prusia oriental al territorio estoniano el ejército de Bermont" (proyecto que fracasó ante la rotunda negativa del gobierno estoniano), "y en el momento que con todos los medios a su alcance fué en ayuda de Bermont" a fin de facilitarle "el aumento de sus efectivos por un nuevo reclutamiento en territorio alemán"?

El general Niessel había tenido no obstante entre sus manos la "prueba que Bermont" (de quien el Consejo interaliado en la conferencia de Riga del 26 de agosto había aceptado el utilizar los conocidos equipos, armados y sostenidos por la "reacción alemana", no se decidió a reclamar imperativamente, el alejamiento de los países balcánicos a pedido formal del representante militar inglés, cuando éste había establecido que Bermont tenía por misión, bajo la orden de Denikin, de quien era el "agente directo", de ocupar Letonia y Estonia, a fin de impedir la eventualidad, temida por Denikin, de una ocupación de las islas del Dogo y del Oesel por Inglaterra) estaba en francas relaciones con "Von der Goltz" y, por este último, con "Von Luttwitz, Ludendorff" y el "coronel Bauer" (jefe efectivo, más superior que el social traidor Noske, de la Reichswehr alemán), un representante militar especial, formalizando entre ellos su adhesión a Berlín.

Sabiendo todo esto el representante militar de Francia, aún después de la derrota de Youdenitch, trató por medio de Bermont reabrir la puerta de los países bálticos al militarismo prusiano para que le permitiera fortificarse y consolidarse a fin de intentar enseguida, con mayor seguridad, el golpe de estado de lo cual hemos sido testigos; y todo esto, en tanto que M. Noulens empleaba todas sus fuerzas en nombre del peligro del militarismo alemán, que él no cesó de propagar, para lanzar a Polonia al asalto de la República de los Soviets de Rusia!

Todo esto no es más que algunos lunares, entre otros miles, porque "esta es la política" de los representantes de Francia en Rusia y en los estados limítrofes de Rusia, que será necesario denunciarla un día, después de dos años.

Esta política no ha sido, en efecto, más que una serie "interrumpida" de maniobras dirigidas "directamente contra los más vitales intereses de Francia"!

## El capitalismo francés contra la revolución proletaria

Sin duda la historia ha hecho ya justicia a la infame leyenda de ser los bolcheviques agentes del imperialismo alemán. Pero queda aún una página a escribirse. Es necesario escribir — es indispensable — que después de dos años asistamos diariamente, sin tregua, al sacrificio "sistemático" de los intereses de Francia en provecho de una "clase dirigente" que no quiere renunciar a ninguno de sus beneficios, de sus ganancias de guerra y de sus privilegios, arrojando, el corazón ligero y la conciencia tranquila, a nuestro desgraciado país hacia las peores aventuras y en la más terrible catástrofe.

Y luchando con ceguera de clase y con odio feroz contra la República proletaria de Rusia y buscando todos los medios para ahogar la revolución proletaria en Alemania y para establecer en este país un "militarismo de guerra" (ese mismo militarismo que para su destrucción se ha llamado al pueblo francés que ha debido consentir durante cerca de cinco años sacrificios sobrehumanos), el capital francés impone a Francia que siga arruinándose, imponiéndole nuevos gravámenes abrumadores, y le prepara desde hoy "nuevas guerras" en la Europa Central, en Oriente y en todas partes, en fin, donde pueda alcanzar su mano.

El capitalismo francés ha combatido implacablemente la revolución proletaria de Rusia y continuará combatiendo también implacablemente la revolución proletaria de Alemania, "sabiendo" que "solamente" ésta puede dar a Francia una paz definitiva y segura en la libertad de trabajo, porque quiere, aunque Francia deba "fijar el precio", extrangular el grito de rebelión y emancipación que se levanta de las masas laboriosas de Francia, y mantener, cueste lo que cueste, su dominación cada día más opresora.

Entre ellos, los representantes y los agentes de una parte y por la otra parte Francia, hay que elegir. Yo elijo a Francia, interpretando sobre mí mismo la asombrosa verdad del inmortal axioma establecido por Jaurés: "Un poco de internacionalismo aleja la patria; mucho internacionalismo, la acerca; un poco de patriotismo, nos aleja de la internacional; mucho patriotismo, nos acerca".

**René Marchand.**

Moscú, 30 de marzo de 1920.

(Traducido para VIA LIBRE por Alfredo Guichard.)

# EL GATO DEL VECINO

Era grande, de piel negra y lustrosa, de amarillos y relucientes ojos, de larga cola y afiladas uñas. Vivía con su amo en la bohardilla de una casa edificada en cierto barrio extremo de la ciudad. Y era feliz el gato.

Al atardecer, cuando el dueño tornaba del trabajo cotidiano, hacíalo portando el alimento del felino; por las mañanas, antes de partir, se lo arrojaba al suelo en uno de los rincones de la vivienda miserable. Luego quedaba solo el animal durante todo el día, durmiendo de sol a sol en la misma cama donde el hombre se echaba buscando lenitivo al cansancio. Por la noche arqueaba el cuerpo vanidosamente, peinaba con la lengua las partes erizadas de su piel y, luego de mojarse la pata, lavaba con ella sus hocicos. Cruzaba la estancia a pasos lentos, y por el hueco que dejaba en la ventana la ausencia de un cristal, saltaba al tejado.

Su amante, una gata de Angora que era un copo de nieve sobre las tejas encarnadas, aguardaba impaciente, y dábase el felino a las ternezas del amor entre el misterio de las sombras en las noches oscuras y bajo los claros de luna que rimaban silenciosos madrigales blancos a las noches serenas.

Cuando las estrellas comenzaban a apagarse y la luna se difuminaba en el cielo, que iba tomando poco a poco un vago tinte de ceniza, la amorosa pareja se despedía, y mientras el macho cruzaba el tejado lentamente en dirección a su ventana, la hembra le miraba marchar orgullosa, que en toda la vecindad no había otro de piel tan brillante, de cola tan larga y de andares tan majestuosos.

—¿De dónde vienes? — murmuraba el dueño, levantado ya para dirigirse a su tarea diaria, al ver entrar al gato. — ¿En busca de la comida? Pues aquí la tienes, "Sultán."

Y "Sultán", tras de agradecer con un maullido las caricias del amo, comía hasta cansarse; una vez satisfecho, saltaba sobre la cama, caliente aún, y cerraba los ojos para soñar acaso con su gata de Angora.

Nadie turbaba su reposo; el trabajo sujetaba al dueño fuera de la casa hasta la hora del atardecer, y si algún tiempo le quedaba libre, invertíalo en hablar con la novia, una modista de rostro pícaro, cuerpo esbelto y menudos andares.

Plácidamente transcurría la existencia de "Sultán". Pero he aquí que un día vió entrar malhumorado al amo antes de la hora de costumbre, y a la mañana siguiente, cuando tornaba de uno de sus más deliciosos idilios, en vano buscó el gato la comida diaria; habíase olvidado el amo de traérsela. No dejó de contrariarle aquel descuido, y a las claras manifestó su disgusto dando vuel-

tas y vueltas alrededor del amo, maullando, no sabemos si en tono de súplica o de indignación.

Se repitió la escena varios días. "Sultán", hambriento ya, dedicóse a engullir los infelices roedores que caían por la noche bajo el dominio de sus zarpas.

Una tarde, cuando se hallaba en uno de sus más gratos sueños, el gato fué arrojado violentamente de la cama; cuando abrió los ojos encontróse frente a su amo y otro señor desconocido. El intruso entregó unas monedas al obrero y se llevó el colchón. Quedó "Sultán" como quien ve visiones. Se sorprendió más mirando que su amo se echaba por la noche a dormir sobre un montón de paja.

A la semana siguiente, un nuevo visitante apareció a la puerta de la mansión. "Sultán" le conocía: era el casero. El propietario de la finca increpó duramente al inquilino; éste respondió suplicante, y una vez solo con el gato comenzó a llorar.

¿Qué podía sucederle para llegar a tal extremo? Que sus compañeros de trabajo, por lograr ciertas mejoras, decidieron un día no acudir a la fábrica, que fué él de los más significados en la huelga, y que, cuando el hambre obligó a los obreros a pasar por lo que querían sus patronos, le despidieron del taller. Inútilmente acudió a otras puertas en busca de salario nuevo; estaba calificado de agitador y ninguna se abrió para dejarle paso.

También "Sultán" desesperado; llevaba tres noches acechando a los ratones con que se alimentaba, sin que ellos diesen señales de vida; habían dejado de ir, más que temerosos del felino, sabedores de que era inútil buscar víveres donde la miseria clavaba sus garras. Y "Sultán" iba adelgazando, perdiendo el admirable lustre de su piel negra, a través de la que comenzaban a notarse los huesos; así se lo decía la gata de Angora con esquiveces y desprecios.

"Sultán" comprendía que, a seguir de aquella forma, acabaría perdiendo el amor de su dama; vueltas y vueltas le daba la idea tan cruel cierta noche en que su amo, quitándose la faja, dió en laborar con ella una especie de cuerda trenzada de incomprensible aplicación. Mirando estaba el gato la tarea silenciosa del obrero, cuando le dió en la nariz un delicioso olor a carne fresca.

Impulsado por el recuerdo del amor que estaba a punto de perder y por el ayuno a que se hallaba condenado, dió el salto a la ventana dispuesto a seguir el rastro del manjar. Hubo de cruzar gran parte del tejado y deslizarse por el canalón de la casa hasta un balcón abierto. Al entrar por él, sobre el fogón de una cocina, vió el trozo de carne que había olfateado de tan lejos. Con la ligereza del rayo lo cogió entre los dientes; escondido detrás de unas chimeneas del tejado, satisfizo su hambre hasta saciarse.

Cuando tornaba a su bohardilla escuchó rumor sordo de voces que gritaban:

—¡Ha sido el gato del vecino! ¡El muy ladrón!

Relamiéndose aún penetró en su vivienda. A punto estuvo de hacerle daño la comida; de una viga del techo, con los ojos desmesuradamente abiertos y la lengua fuera de la boca, se balanceaba grotescamente el cuerpo de su amo.

—¡El gato del vecino! ¡Me ha robado la carne! — gritaba una voz en la escalera.

Y "Sultán", clavando los ojos en las pupilas del ahorcado, filosofó convencido:

—Estaba en mi derecho. No iba a ser tan imbécil como este pobre hombre.

**Joaquín Dicenta (hijo).**

---

# IDEAS SOBRE LA CARIDAD

Hay que reconocer las virtudes del pobre, pero lamentándolas mucho. Suelen decirnos que los pobres agradecen la caridad. Algunos sí, indudablemente, pero los más de los pobres nunca fueron agradecidos. Son desagradecidos, descontentos, desobedientes y rebeldes. Y hacen bien en serlo. Sienten que la caridad es un modo ridículo e inadecuado de restitución parcial, o un engaño sentimental, acompañado casi siempre por alguna impertinente tentativa, por parte del sentimentalista, para tiranizar vidas privadas. ¿Por qué han de agradecer las migajas que caen de la mesa del rico? Debieran sentarse a ella, y ya empiezan a saberlo. En cuanto a su descontento, hombre que no lo estuviera en tal medio, con tan bajo modo de vivir, sería un perfecto bruto. La desobediencia, para quien ha leído la historia, es la virtud original del hombre. La desobediencia hizo el progreso; la desobediencia y la rebeldía.

A veces se alaba le sobriedad de los pobres. Pero recomendar sobriedad al pobre es grotesco e insultante a la vez. Es como decir que coma poco al que se muere de hambre. Que un trabajador de la ciudad o del campo practicara la sobriedad, sería inmoral en absoluto. El hombre no debe estar dispuesto a demostrar que puede vivir como un animal, mal alimentado. Debiera negarse a vivir así, y robar o apropiarse rentas, que muchos consideran como una forma de robo.

En cuanto a pedir, más seguro es pedir que tomar, pero mejor es tomar que pedir. No; el pobre que es desagradecido, contrario a la sobriedad, descontento y rebelde, es lo probable que tenga una verdadera personalidad y que haya algo en él. En todo caso, su protesta es saludable. En cuanto al pobre virtuoso, se podrá compadecerle, claro está, pero no es posible admirarle. Ha hecho contrato privado con el enemigo, y ha vendido su primogenitura por un malísimo plato de sopa. Suele ser también extraordinariamente estúpido. Comprendo perfectamente al hombre que acepta las leyes protectoras de la propiedad privada y admite la acumulación de ésta, hasta donde, en tales condiciones, tiene posibilidad de realizar para sí en alguna forma su vida de belleza o de inteligencia.

Pero casi no puedo creer cómo un hombre de vida fracasada y espantosa, gracias a tales leyes, puede admitir la posibilidad de que persistan.

**Oscar Wilde.**

# LENIN - ULIANOV

## I

## SU VIDA

Hace dos otres años, tan sólo en los Círculos políticos de Rusia se conocía a Lenin. Ahora, se le conoce en el mundo entero, hasta en los más remotos rincones de nuestro planeta. Al margen de la humanidad civilizada hay tribus que no saben nada de Wilson, de Clemenceau, de Guillermo II, pero han oído hablar de Lenin.

¿Quién es este hombre providencial, salido de la cabeza del dios de la guerra, como Zeus de la cabeza de Minerva?

---

El verdadero nombre de Lenin es Vladimiro Ylich Ulianov; las persecuciones políticas obligaban a los revolucionarios rusos a cambiar el nombre, y de ahí que casi todos los hombres eminentes de Rusia, que profesaban, bajo el antiguo régimen, ideas socialistas, llevaran dos, tres y más seudónimos.

Lenin nació el 10 de abril de 1870, en Simbirsk (a orillas del Volga, en el Este de Rusia). Su padre era director de las escuelas de primera enseñanza de aquella región.

Sobre la formación del carácter y de las ideas del joven Vladimiro ejerció una gran influencia su hermano mayor, Alejandro, miembro muy activo de la famosa organización revolucionaria «Voluntad del Pueblo». A la edad de quince años, Lenin leía ya ávidamente libros y folletos revolucionarios que le proporcionaba su hermano.

En 1889 cayó una gran desgracia sobre la familia de Lenin: su hermano fué detenido y, poco después ahorcado por haber tomado parte en una atentado contra el zar Alejandro III.

Aquel hecho determinó en definitiva la carrera de Lenin, que tenía entonces diez y siete años. Entre todos los caminos que se abrían ante él, eligió el camino revolucionario, jurando continuar la obra de su hermano y vengar su muerte trágica. Y cumplió aquel juramento: treinta y cuatro años más tarde Lenin derribó del trono al hijo de Alejandro III, Nicolás II, el último Romanov, perdió, merced a Lenin. la corona junto con la cabeza.

Después de haber terminado sus estudios en el colegio de Simbirsk, el joven Vladimiro ingresó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Kazan (también a orillas del Volga). Allí entró en relación con los Círculos revolucionarios, que a la sazón estaban

inspirados en las ideas llamadas «populistas» (1). Pero muy pronto adquirió conocimiento de las doctrinas de Marx y Engels, y se convirtió en su discípulo ferviente.

Dos años más tarde, fué expulsado, a causa de sus ideas revolucionarias, de la Universidad de Kazan; pero se marchó a Petrogrado, consiguió el ingreso en la Facultad de Derecho de aquella capital e hizo su carrera.

No ejerció como abogado más que unos días. Todo lo que observaba en los Tribunales le producía un hondo disgusto. Calificaba las instituciones jurídicas de purgatorios, donde se acumulan todos los horrores e injusticias de la sociedad contemporánea. Se dedicó, definitivamente, a la carrera revolucionaria. Podía ganar muy bien su vida como abogado, pero prefirió la existencia de un socialista perseguido por la Policía, llena de privaciones y de sufrimientos.

En la capital se puso en relaciones con los marxistas, poco numerosos en aquella época. Como Martov (que es ahora su adversario decidido) y algunos otros socialdemócratas, fundo la célebre «Unión de lucha para la emancipación de la clase obrera», que representó, a fines del siglo XIX, un gran papel en el movimiento revolucionario de Rusia. La «Unión» organizó, en 1896, las primeras grandiosas huelgas en Petrogrado y algunos otros centros. El Gobierno, asustado por el carácter revolucionario del movimiento obrero naciente, contestó con bárbaras persecuciones contra los socialistas. Lenin, Martov y la mayor parte de los demás miembros de la «Unión» fueron detenidos y deportados a Siberia.

Lenin consiguió huir al extranjero, donde vivió, con cortos intervalos, durante diez y seis años, hasta la revolución de 1917.

Su residencia preferida fué Suiza. Allí fundó, en 1901, junto con Martov y Potresov (conocido menchevique, publicista de gran valer) el célebre periódico *La Chispa* (2). Pero dos años más tarde, se produjo una escisión decisiva en el seno del partido social-demócrata ruso, dividiéndose en dos fracciones: bolcheviques y mencheviques. *La Chispa* se transformó en el órgano central de la fracción menchevista. Entonces, Lenin fundó, en Ginebra, otro periódico, titulado, *¡Adelante!*

Durante largos años se entregó, en aquel periódico, así como en sus revistas *El Socialdemócrata* y *El Comunista*, a una campaña encarnizada contra los mencheviques, los socialistas-revolucionarios y todos los demás socialistas que no opinaban como él. Ya en 1905, cuando estalló la primera revolución rusa, se manifestó partidario

(1) Los "populistas" creían que Rusia, siendo un país agrícola por excelencia, podría pasar al socialismo sin haber atravesado, previamente, por el capitalismo. Tenían una gran fe en el socialismo "instintivo" de la masa campesina, y profesaban un cierto menosprecio al marxismo, con su fe en la misión histórica del proletariado.

(2) Aquel periódico tenía por lema: "La chispa engendrará el incendio". Puede decirse que esta profecía se realizó: el periódico contribuyó mucho a prender el fuego revolucionario en el antiguo imperio de los zares.

fanático de la dictadura del proletariado y de la implantación inmediata en Rusia del socialismo integral. Mientras los demás socialistas se daban cuenta de que la clase obrera, por sí misma, no tenía suficientes fuerzas para derribar al antiguo régimen, y que, por consiguiente, había que organizar, para la lucha contra el zarismo, a todos los elementos de la oposición, incluso a los grupos democráticos de la burguesía — Lenin fulminaba contra todos aquellos elementos, calificaba de traidores, no solamente a los liberales, sino también a los socialistas de las demás fracciones y excitaba a la clase obrera a una lucha irreductible, a la revolución por su propia cuenta, sin buscar el apoyo de las otras clases.

Su propaganda, por medio de periódicos, folletos y proclamas, que se propalaban en Rusia en decenas de millares de ejemplares, no dejó de influir en la clase obrera. Cuando el Gobierno del zar, asustado por las formidables huelgas del otoño de 1905, se vió obligado a hacer algunas concesiones al pueblo, y decretó la convocatoria de la Duma del Estado, el proletariado volvió la espalde a sus socios en la lucha contra el zarismo, es decir, a la burguesía radical, y, siguiendo los consejos de Lenin, declaró la guerra, no solamente al zarismo, sino a los liberales, intelectuales. etc. Entonces, la democracia burguesa, por miedo de ser aplastada por el proletariado, abandonó la batalla. Su entusiasmo revolucionario se enfrió. Unos de sus elementos — por ejemplo, los «octobristas» (1) — hasta pasaron al campo zarista, apoyando al Gobierno en su lucha contra la revolución. Eso explica, en gran parte, el fracaso del movimiento revolucionario: el proletariado solo, por completo aislado de las demás clases, no tuvo bastantes fuerzas y fué vencido por el poderoso mecanismo militar y paliciaco del zarismo. La revolución de 1905, a los pocos días del triunfo, fué ahogada en sangre.

---

Lenin no tomó parte activa en la revolución de 1905. Es un hecho tanto más interesante si se toma én consideración que precisamente durante aquella revolución se organizaron los primeros Consejos obreros, o sea los prototipos de los famosos Soviets, que constituyen ahora la base principal del poder de Lenin. Los Soviets de 1905 se formaron y entraron en funciones sin participación ninguna del jefe actual del Gobierno bolchevista. Por el contrario, eran casi exclusivamente los mencheviques quienes los dirigían. Su presidente en Petrogrado fué Jrustalev-Nosar; en Moscú, Jinchuk, ambos mencheviques. Cierto que el vicepresidente del Soviet de Petrogrado era Trotsky, pero entonces éste no se había adherido todavía al bolchevismo; antes bien, se inclinaba más hacia Plejanov Martov y Axelrod, que dirigían la fracción menchevista.

---

(1) Así se llamaba a los representantes de la gran burguesía, con Guchkow a la cabeza, que habían formado un partido político, cuyo programa, muy moderado, consistía en defender las nuevas instituciones democráticas, otorgadas en el mes de "octubre" de 1905.

El mismo Zinoviev, en su libro sobre Lenin, publicado en 1918, en Petrogrado reconoce que su compañero y jefe actual no representó ningún papel importante durante la revolución de 1905. «Lenin asistió tan sólo una o dos veces a las asambleas del Soviet de Petrogrado en 1905. Nos contó de qué manera presenciaba, desde la galería sin ser visto por el público, la asamblea del Soviet en el salón de la Sociedad Económica, contemplendo por vez primera aquella nueva organización de los obreros de la capital. El compañero Lenin se encontraba en Petrogrado con un falso pasaporte, y el partido le había prohibido mostrarse en público».

Pronto corrieron rumores de que el Gobierno hacía preparativos para detener a todos los miembros del Soviet. Se sabía hasta el día y la hora en que iba a ir la Policía. A pesar de esto, el Comité ejecutivo se reunió en pleno, menospreciando todos los peligros. La sala estaba llena de público, llevado por el deseo de presenciar la última asamblea histórica; en cuanto a Lenin, sus partidarios insistieron en que se abstuviese de presenciarla para no ser detenido por la Policía. Lenin obedeció.

De todos modos, no fué Lenin quien dirigió la revolución de 1905 ni quien inspiró la idea de los primeros Soviets. Su papel fué más bien de espectador que de actor. Se diría que Lenin observaba entre bastidores, el primer drama revolucionario con fines instructivos, para estudiar la *mise en scéne* de la próxima revolución.

---

En los principios de 1907, Lenin volvió al extranjero, y se estableció de nuevo en Ginebra.

La vida de los emigrantes políticos rusos en Suiza no tenía nada de envidiable. Ginebra, Zurich, Berna, Laussanne, estaban llenos de revolucionarios, que habían conseguido salvarse después del naufragio de la revolución rusa. La mayor parte de ellos eran muy pobres, sin ningún medio de vida, y se veían en el caso de reducir sus necesidades a un mínimum rigurosamente estricto, contentándose con pan y el tradicional té ruso. Muchos antiguos médicos, abogados, escritores, trabajaban, para no morir de hambre, como simples mozos de cuerda, o bien ganaban su pan cotidiano limpiando cristales en los almacenes o lavando automóviles.

Lenin vivía muy modestamente, aunque en general su situación era soportable: ganaba relativamente bien su vida con su trabajo literario. Escribía artículos para la Prensa marxista que se publicaba en Rusia, firmándolos con nombres supuestos. A veces recibía grandes cantidades de dinero de sus admiradores ricos, pero todo aquel dinero lo empleaba tan sólo en la propaganda revolucionaria, para sostener los periódicos que dirigía, y editar sus folleos y proclamas.

De vez en cuando daba conferencias en ruso, ante sus compatriotas, atacando con extrema violencia a sus adversarios políticos. Aquellas conferencias se transformanban con frecuencia en mítines

bulliciosos, lo que encantaba a Lenin, por su temperamento bélico, luchador. Pero, en general, la vida en Suiza, entre la colonia rusa con sus centenares de hombres desterrados, le fastidiaba. Soñaba con una acción, verdaderamente revolucionaria, entre las muchedumbres agitadas, sacudidas por la tempestad de la revuelta; soñaba con una acción, verdaderamente revolucionaria, entre las muchedumbres agitadas, sacudidas por la tempestad de la revuelta; soñaba con mandar, en los campos de batalla, a millares de gentes, con conducirlas al asalto contra todas las fuerzas del pasado; soñaba con el papel de verdadero jefe de un pueblo, embriagado por la lucha, en medio del entusiasmo general, bajo la bandera roja.

Se daba perfecta cuenta de que el pueblo ruso no estaba todavía maduro para la revolución socialista. Muchas veces escribía en su periódicó ¡*Adelante!* que Rusia, como el país más atrasado de Europa sería, probablemente, el último que izara la bandera del socialismo integral. La revolución de 1905 fué para él una amarga decepción, una prueba de que las fuerzas del proletariado no bastan para triunfar contra todas las demás clases, incluso contra los campesinos. Pero ponía grandes esperanzas en un «empuje exterior». Preveía que la primera guerra, en el cual tomara parte Rusia, tendría como consecuencia inevitable la caída del zarismo, el desbarajuste general, el fin del antiguo régimen. «Nosotros, los revolucionarios — decía, — debemos prepararnos para una acción decisiva si sobreviene la guerra. Nuestro deber consistirá entonces en dar el golpe de gracia al zarismo y en empujar al pueblo revolucionario siempre más adelante, hasta la realización íntegra del ideal socialista. Sería un crimen detenernos en medio del camino. ¡Ningún pacto con la burguesía! ¡Ninguna concesión a las fuerzas del pasado! Nuestro lema debe ser: Lucha encarnizada contra todos y contra todo hasta el triunfo definitivo del socialismo».

Lenin tenía una fe inquebrantable en la proximidad de un conflicto europeo. Por lo menos, preveía una guerra entre Alemania y Francia. Preveía también que Rusia, como aliada de Francia, tomaría parte en la guerra. El Gobierno zarista — decía — dió ya bastantes pruebas de su estupidez, y no se detendrá ante la posibilidad de un desastre militar; al contrario, considerará la guerra, al lado de Francia, como un medio seguro de consolidar su poder. Pero como Rusia, con su desorganización y su falta de comunicaciones, con su bajo nivel de cultura, con su industria, arruinada, fatalmente será vencida, a pesar del apopo de su aliada, el Gobierno zarista sufrirá un fracaso terrible. Entonces — como hemos ya visto en todas las guerras anteriores — el pueblo ruso, lleno de cólera, cruelmente engañado, estará dispuesto a derribar aquel régimen pútrido, bárbaro, semi-asiático, capaz tan sólo de conducir al país al abismo y la derrota. Entonces sonará la hora de la gran revolución — y nosotros, los verdaderos socialistas, tenemos que hacer todo lo posible para que esta revolución conduzca al triunfo definitivo del proletariado.

Transcurrieron unos años, y las profecías de Lenin se realiza ron en gran parte. En el verano de 1914 estalló la guerra. El Gobierno ruso, con su ceguedad habitual, lanzó sus batallones contra Alemania y Austria en condiciones verdaderamente desastrosas.

---

En aquella época, Lenin vivía en Austria, donde se estableció en 1912, para dirigir desde más cerca el movimiento revolucionario ruso. Habitaba en Cracovia, a una decena de kilómetros de la frontera rusa, lo que le facilitaba el envío de sus periódicos y folletos a Petrogrado, Moscú y otros centros.

Cuando estalló la guerra, Lenin se encontraba en un pueblecito cerca de Cracovia. Las autoridades locales le detuvieron y encarcelaron por ser súbdito ruso. Pero, merced a la intervención de los socialistas austriacos, se le puso inmediatamente en libertad. El Gobierno de Austria, parecía bien enterado de las ideas de Lenin, y es muy posible que creyese más útil el devolverle la libertad de acción. Por lo menos, el general Hoffman, delegado de Austria en la Conferencia de Brest-Litovsk, confiesa en sus memorias, recientemente publicadas, que su Gobierno ponía grandes esperanzas en la propaganda «derrotista» de Lenin y sus partidarios.

En efecto, Lenin se declaró, desde los primeros días del conflicto europeo, «derrotista» encarnizado: opinaba que para el triunfo de la revolución era necesario que las tropas rusas fuesen derrotadas. Si el Gobierno ruso — decía — sale victorioso de la guerra, su poder quedará consolidado, y la revolución aplazada. Tan sólo una derrota puede acabar con la autocracia rusa.

Los hechos demostraron que Lenin tenía completa razón.

Puesto en libertad, Lenin se marchó, el mismo día a Suiza. Allí, con el apoyo de algunos socialistas suizos, alemanes y rusos, organizó la famosa Conferencia en el pueblecito de Zimmerwald, en la cual tomaron parte los revolucionarios extremistas de los dos campos beligerantes. En Zimmerwald, Lenin, apoyado por Trotsky (que era delegado del periódico ruso *Nuestra Palabra,* publicado en París) y por Radek, otro bolchevista ruso muy conocido, defendió, con energía y ardor poco comunes, su programa de acción. Aquel programa consistía en el sabotaje, por todos los medios, de la guerra, en la propaganda de deserción entre los soldados de todos los países. Según él, había que poner de relieve el carácter imperialista de la guerra, y competirla en una guera revolucionaria, en una lucha del proletariado internacional contra todos los Gobiernos y toda la burguesía.

Un año más tarde se celebró, también en Suiza, otra Conferencia de los socialistas internacionalistas, la de Kienthal. También allí Lenin representó un papel muy importante, insistiendo en su táctica derrotista.

---

Muy pronto los cálculos de Lenin acerca de las consecuencias de la guerra para el pueblo ruso se realizaron una vez más. Las

tropas rusas, muy mal preparadas para la lucha contra un enemigo poderoso, provisto de todos los medios técnicos, sufrieron una serie de derrotas lamentables. El Gobierno perdió el resto de su prestigio. A pesar de su fracaso terrible en los campos de batalla, a pesar de la creciente indignación de las masas, no quiso hacer ninguna concesión política, y seguía tratando al pueblo ruso como a un rebaño, con el cual todo abuso es permitido.

El cáliz estaba ya lleno. La paciencia del pueblo se había agotado, y en el mes de febrero de 1917 estalló la revolución. La guarnición de Petrogrado, en la que el zar tenía tanta confianza, se adhirió al movimiento popular. Las olas de la revolución, invadiendo el orgulloso Palacio de Invierno, barrieron el trono tres veces secular de la dinastía Romanov.

Lenin, lleno de júbilo, tomó la decisión de volver a Rusia para poner su sello a la revolución. No le quedó otro camino que el de Alemania. «Vámonos, pues, por Alemania!» propuso Lenin a sus partidarios. Muchos socialistas rusos, residentes en Suiza, vacilaban: «¿Qué dirán en Rusia, cuando se informen de que hemos atravesado el país de nuestros enemigos?» — «Digan lo que quieran — contestó Lenin. — Lo que importa es llegar a Rusia, aunque sea en el coche del mismo Guillermo II».

Inmediatamente por mediación de unos socialistas suizos y alemanes que se encontraban a la sazón en Berna, entró en negociaciones con el Gobierno de Berlín. Este, dándose cuenta de que los bolcheviques podían serle útiles en Rusia, haciendo propaganda en favor de la paz inmediata, consistieron en darles el permiso para atravesar Alemania, y a fines de marzo Lenin, con unos setenta partidarios suyos, atravesó, en vagones «precintados», el territorio alemán, dirigiéndose a la frontera rusa.

A su llegada a Petrogrado, el 7 de abril de 1917, Lenin fué acogido con entusiasmo por sus amigos y con gritos de protesta por la gran mayoría de la población. En aquella época no gozaba todavía de una gran popularidad. Su primer discurso en el Consejo de los obreros y soldados de Petrogrado careció de éxito. Hasta algunos de sus partidarios actuales (como, por ejemplo, el director del órgano oficial del Gobierno bolchevista *Las Izvestia*) censuraron lo que llamaban su fanatismo ciego, y le acusaron de tendencias anarquistas.

No por eso Lenin perdió los ánimos. Sin descanso, pronunciaba discursos, organizaba mítines en las fábricas y cuarteles, publicaba, en su periódico *Pravda*, sinnúmero de artículos, excitando a las masas a una nueva revolución, insistiendo en la terminación inmediata de la guerra, fulminando contra el Gobierno de Kerensky, contra los mencheviques, socialistas-revolucionarios y demás «heréticos». No vacilaba en predicar a los soldados la desobediencia a sus jefes, en incitarles a la deserción y a la fraternización con los enemigos en los frentes de batalla.

En el mes de mayo recibió un refuerzo con la persona de

Trotsky, que acababa de llegar de los Estados Unidos. Los dos pusieron manos a la obra, y consiguieron provocar en el mes de julio graves disturbios callejeros en la capital. Aquella tentativa de derribar al Gobierno de Kerensky y de adueñarse del poder sufrió un fracaso. Trotsky fué encarcelado, aunque libertado poco después. Lenin huyó a Finlandia.

En el mes de octubre los dos reanudaron sus tentativas de provocar una rebelión de soldados y obreros contra el Gobierno de Kerensky. Esta vez sus esfuerzos fueron coronados por el éxito. Consiguieron, con el apoyo de la guarnición de Petrogrado y de los marineros de Kronstadt, encarcelar a los ministros y apoderarse de la capital. El 7 de noviembre, el pueblo ruso y el mundo entero supieron, con asombro, que Lenin, Trotsky y sus partidarios se habían hecho, mediante un golpe de Estado extremadamente audaz, dueños del antiguo imperio de los zares.

El lector sabe el resto. Lenin sigue en el poder, gobernando, desde el Kremlin histórico de Moscú, a toda Rusia y amenazando con prender el fuego de la revolución en el mundo entero.

## II

## RECUERDOS PERSONALES

En otoño de 1906 reinaba gran animosidad entre los socialdemócratas rusos. La primera Duma del Estado había sido brutalmente disuelta. Se acercaban las elecciones para la segunda Duma, y todos los elementos progresivos del país se preparaban a la lucha decisiva contra la reacción.

Los socialistas estaban muy divididos. Los bolcheviques insistían en que el partido no tenía nada que ver con esa «caricatura de Parlamento», como calificaban a la Duma. Los mencheviques, al contrario, opinaban que era preciso utilizar la lucha electoral, y luego, la tribuna de la Duma para la propaganda revolucionaria.

Los jefes de las dos fracciones, entre otros Lenin y Martov, se encontraban en Petrogrado (naturalmente, con pasaportes falsos). Organizaban reuniones en las fábricas, pronunciaban discursos inflamados, publicaban folletos y llamamientos. Las proclamas penetraban, por caminos misteriosos, en las oficinas gubernamentales, en los despachos de los jefes de la Policía secreta, hasta en los palacios.

Lenin desplegaba una energía asombrosa. Como las imprentas clandestinas no bastaban para imprimir los numerosos folletos y llamamientos, propuso apoderarse de las imprentas de la Prensa burguesa, y aun conservadora, sirviéndose de la fuerza o de la astucia.

Aquel método se propagó muy pronto, y tuvo gran éxito.

El procedimiento era muy sencillo: un grupo de socialistas, armados de revólveres, se presentaba el mejor día en la imprenta; uno se colocaba en la entrada para cortar la salida; otro se ponía al

teléfono para impedir que la administración pidiera socorro; un tercero se dirigía al director, pidiéndole, en tono muy cortés, que hiciera imprimir inmediatamente tantos millares de ejemplares de tal o cual proclama.

—Vamos a pagar muy bien — decía. — Somos buenos clientes.

Si el director se negaba, se le declaraba provisoriamente prisionero; luego, los invasores, siempre con revólveres, se dirigían a los obreros, ordenándoles que se pusieran inmediatamente al trabajo. Los obreros, que simpatizaban, en su mayor parte- con el socialismo, generalmente cumplían la orden con mucho gusto, simulando ceder tan sólo a la violencia. Y trabajaban con mucho más celo que para el patrono, de modo que dos o tres horas más tarde, los invasores recibían ya las proclamas hechas, y después de haber pagado a los obreros con generosidad de príncipe, saludaban y se marchaban.

---

Por desgracia, una parte notable de esta literatura revolucionaria estaba consagrada a la polémica muy violent aentre los bolcheviques y mencheviques, sobre todo, acerca de las elecciones a la Duma.

Había que buscar un acuerdo.

Después de largas negociaciones, se tomó la decisión de convocar una Conferencia de distintas fracciones socialistas. Como no era posible celebrarla en Rusia, se decidió convocarla en Finlandia, que, a pesar de estar bajo el poder zarista, gozaba de cierta libertad política.

A fines de noviembre, la pequeña y apacible ciudad finlandesa Tamerfors, se llenó de socialistas rusos, representantes del Norte y del Sur, del Este y del Oeste, de la Siberia, de la Crimea, de Polonia, del Cáucaso. Los habitantes nos miraban con gran curiosidad, como si viniéramos de otro mundo. En efecto, éramos para ellos seres extraños, y ni siquiera entendían nuestro idioma.

Habíamos elegido Tamerfors, por ser su Consejo municipal socialista. Hasta el jefe de la Policía era socialdemócrata. El alcalde puso a nuestra disposición el gran salón del Ayuntamiento, y manifestó el mayor celo en alojar a los delegados con todas las comodidades posibles.

Por casualidad, me encontré yo alojado, en compañía de otros delegados, en la misma casa que Lenin. Casi todos eran bolcheviques; tan sólo había dos mencheviques y un delegado polaco. Nuestra casa era como una especie de Estado Mayor de la fracción bolchevista de la Conferencia.

—¿No van ustedes a ejercer de espías? — preguntó en tono de burla Lenin, dirigiéndose a nosotros, cuando nos reunimos por primera vez en aquella casa.

—Pierda usted cuidado — le contestó mi compañero menchevique. —Habrá aquí, sin duda, otros espías, profesionales.

En efecto, después de la Conferencia nos enteramos de que el Gobierno de Petrogrado había mandado a Tamerfors unos espías.

---

Los bolcheviques que vivían con nosotros, se conducían en casa como conspiradores, hablando en voz baja y buscando rincones remotos. Sus correligionarios, alojados en otras casas, venían con frecuencia para recibir órdenes e instrucciones de Lenin. Se calculaban los votos, se preparaban las mociones, se repartían los papeles. En la mesa, durante la comida o la cena, seguían conspirando, pero tan sólo con alusiones y medias palabras.

Lenin, a veces, ponía término a estas conversaciones.

—¡Basta! Hablemos de otras cosas, para no molestar a nuestros queridos amigos. Además, corremos el riesgo de atraer sobre nosotros los truenos de *Nuestro Camino*.

Era una alusión directa a mi modesta persona; a la sazón dirigía yo un periódico menchevista con ese título.

Los fieles de Lenin le miraban con ojo de enamorados y le escuchaban como a un profeta. Y, sin embargo, no había en él nada de lo que caracteriza a un gran jefe. Uno de mis compañeros, que veía en Tamerfors a Lenin por primera vez, me dijo:

—Me lo figuraba de otra manera. Parece un hombre muy ordinario, casi un quídam.

En efecto, a no saber que era Lenin, se le podría tomar por un pequeño comerciante, un dependiente de almacén de ultramarinos, o un modesto empleado de Estado, pero de ningún modo por un jefe revolucionario. Su cabeza calva, de cara redonda, en la cual hay algo de tártaro, sus pequeños ojos astutos y casi siempre sonrientes, su escasa perilla rubia, sus ademanes y gestos algo vulgares, hasta su desaliñada manera de vestir no revelaban, de ninguna manera, en aquel hombre nada extraordinario. No se destacaba, en medio de la muchedumbre, ni siquiera sobre el fondo de un pequeño grupo.

Cuando apareció por vez primera en el gran salón de la Conferencia, los delegados que no le conocían todavía, experimentaron una gran decepción.

—¿Ese es Lenin?

Pero muy pronto, al oir sus discursos, al ver con qué acierto y empuje capitaneaba a sus pequeñas tropas, cambiaron de opinión. Recuerdo que ya, después de la primera reunión general, los delegados casi no hablaban más que de Lenin. Y casi todos estaban de acuerdo.

—¡Qué demagogo—

—¡Es un hombre peligroso!

—¡Un Bakunin forrado de jesuíta!

Etc., etc.

---

A medida que avanzaban los trabajos de la Conferencia de Tamerfors, las pasiones políticas se iban exacerbando. Los dos cam-

pos tenían allí sus mejores fuerzas, sus jefes más notables. Durante una quincena de reuniones, la batalla siguió sin tregua ni descanso, encarnizada, desesperada. Los discursos se convertían a veces en diatribas implacables contra los adversarios. Los oradores abandonaban la tribuna agotados, cubiertos de sudor, como si salieran de una partida de boxeo. Al final de la Conferencia, algunos habían perdido la voz. Yo vi oradores que, al terminar su discurso, dirigíanse a la habitación vecina para echar agua fría sobre su cabeza inflamada.

Tan sólo Lenin parecía conservar toda su sangre fría, toda su seguridad en sí mismo. En medio de aquellas pasiones desencadenadas, de las violentas protestas, de los gritos de indignación tan sólo él permanecía — por lo menos, en apariencia — impasible, tranquilo, sonrientes sus pequeños ojos. Cuando, al oir un discurso apasionado de un orador antibolchevista, los delegados manifestaban una honda emoción, se oía de repente la risa de Lenin, irónica, sarcástica.

—¡No hay motivo para reirse! — le decía con indignación el orador. — La cosa no tiene nada de cómica.

Pero Lenin seguía interrumpiendo a su adversario con una risa desconcertante, molesta, ofensiva, sin hacer caso alguno de la indignación de la mayoría de la asamblea.

---

Eso no le impedía guiar con gran acierto a sus partidarios. Todos ellos procuraban colocarse cerca de él; le miraban como alumnos a su maestro o como mahometanos fieles a su gran sacerdote. Sus adversarios le llamaban en burla «el papa Lenin».

Cuando sobrevenía, durante los debates, una situación un poco complicada, las miradas de todos los bolcheviques se dirigían hacia el «papa Lenin».

Este daba, cuchicheando, órdenes a sus más próximos vecinos, que, a su vez, las transmitían a los otros. A los que estaban muy lejos, se les transmitían por escrito las instrucciones. Minutos más tarde, toda la tropa bolchevista sabía ya cómo había que votar o, en general, como había que reaccionar en la situación creada. Y ni una sola vez se notó la más ínfima discrepancia entre los bolcheviques; todos marchaban unidos, juntos los hombros, en filas compactas. Si algún bolchevique, por haber comprendido mal las órdenes del comandante en jefe, se equivocaba y votaba en el sentido contrario, todo el ejército leninista le dirigía miradas de cólera, y el pobre se apresuraba a rectificar su voto.

La aparición de Lenin en la tribuna, aun en los momentos de cansancio general, era siempre como un latigazo hasta para los más abatidos. La asamblea parecía sacudida por una corriente eléctrica.

—¡Compañeros! pronunciaba con calma Lenin.

A veces, y sonriendo astutamente, añadía:

—¡Y muy estimados adversarios!

Su postura era tranquila, imperturbable, impasible, como si se encontrara en su propio despacho. Se adivinaba, en toda su conducta, un ligero desprecio, no solamente para sus «muy estimados adversario», sino también — quizá más aún — para sus fieles y beatos partidarios.

—¡Compañeros! Es un verdadero milagro que el último discurso de mi distinguido adversario no me haya aplastado: tan horribles eran sus truenos. Me inclino a creer que aquellos truenos no han sido más que de tramoya, fabricados entre bastidores...

Seguía en aquel tono burlón unos cinco o diez minutos, provocando un gran alborozo entre los bolcheviques y la cólera más viva de sus adversarios.

Luego, borrando la sonrisa de su cara redonda, decía:

—Pero vamos a hablar en serio. Vamos a examinar, una por una, las razones de nuestros oportunistas incorregibles. Dicen que nuestro partido no puede permitirse el lujo de boicotear a la Duma...

Su voz clara, de un timbre metálico, a pesar de no ser muy fuerte, parece llenar el selón entero, retumbar en los oídos como sonidos de campana, abrirse camino a través de las paredes. Rara vez he visto yo un orador con tanta capacidad de sugestión y de autoridad despótica sobre su auditorio.

Elude exponer sus propias razones; prefiere convencer a sus oyentes combatiendo a su adversario. En vez de demostrar que dos y don son cuatro, se empeña en demostrar que no son cuatro y medio, como afirma tal o cual de sus contradictores.

Su lenguaje es violento en extremo. Le gustan calificativos de desprecio, que ofenden, hieren, llegnan de cólera. ¡Cuántas veces, durante aquellas sesiones, calificó a los socialistas más honrados de «lacayos de la burguesía», de «lugartenientes de la reacción», de «cobardes»!

—¡Yo me figuro — exclamó una vez al oir a Lenin, uno de los jefes antibolchevistas — el despotismo que desplegaría usted, compañero Lenin, si tuviera usted la suerte de alcanzar el Poder!

Tenía razón: actualmente, el mismo, así como algunos otros miembros de la Conferencia de Tamerfors, están perseguidos por Lenin sin piedad alguna.

A causa de la intransigencia de los bolcheviques, no se pudo llegar a un acuerdo. Las relaciones entre los dos campos se hicieron aún más hostiles. Además, nos vimos en la precisión de poner, con toda prisa, término a la asamblea. El Gobierno del zar dirigió una nota a las autoridades finlandesas protestando contra el hecho de convertir Tamerfors en un foco revolucionario.

El jefe de la Policía local y el alcalde nos previnieron que corríamos el riesgo de ser detenidos por los gendarmes rusos. Había que abandonar, lo más pronto posible, a la pequeña ciudad hospitalaria. Para despistar a la Policía, los delegados se marcharon por varios caminos, hasta por Helsingfors y Suecia.

Semanas más tarde, me encontré con Lenin en Moscú. Fué en una fábrica de las cercanías de la capital, durante un mitin.

Las entradas estaban guerdadas por un grupo de obreros, a quienes se llamaba en burla «guardias rojos». Nadie sospechaba, en aquella época, que algún día el mismo Lenin tendría a sus órdenes una verdadera guardia roja...

—¡Compañeros! — resonaba su voz en el inmenso taller, ante millares de gentes que le escuchaban con avidez, como a un nuevo Mesías. — ¡Compañeros! Los mencheviques, esos lacayos de la burguesía...

El mismo tiembre metálico, la misma apariencia tranquila, la misma impasibilidad, y la misma siempre la misma canción. Tal había sido Lenin en Petrogrado y Tamerfors, tal era en Moscú, tal es ahora en la cima del Poder. Lenin, como Savonarola, como Juan Hus, como todos los fanáticos de todas las épocas, no cambia nunca ni sus ideas ni sus costumbres. Las rocas no cambian...

**N. Tasin.**

---

## LA NACIONALIZACION DE LOS NIÑOS EN EL ESTADO BOLSTEVIKI

(Especial de "La Nación")

NUEVA YORK, 26.—El corresponsal de la "Chicago Tribune" en París, que acaba de regresar de Rusia, informa que tuvo una entrevista con la señora Kolontai, que es la primera mujer que desempeña las funciones de comisario del pueblo y tiene a su cargo el departamento del bienestar de los niños. La señora Kolontai, hablando de la socialización de los niños por el soviet, dijo que los nenes de tres años son separados de los padres con el consentimiento de éstos, que conservan su influencia sobre ellos, y colocados en instituciones del Estado que han tenido tanto éxito que las madres no desean otra cosa que enviar a ellas sus hijos. Además, el soviet ha eliminado la "maldición de la esclavitud de las madres pobres".

El corresponsal quiso informarse personalmente a ese respecto y reconoce que el sistema puesto en práctica en Rusia es la más brillante estrella en la obscuridad del gobierno sovietista. Por todas partes se ven en Moscú niños felices, bien alimentados y sanos, que llevan trajes muy pobres, pero abrigados. El gobierno sostiene que juntando a los niños en grupos es más fácil su alimentación.

"Tuve la suerte — concluye diciendo el corresponsal — de almorzar con los niños de una de las más grandes instituciones infantiles, y vi entonces el más feliz grupo de niños que nunca he visto en ninguna parte. La comida fué la mejor que he comido en Rusia, y me levanté de la mesa, por primera vez desde mi llegada al país, con la convicción de que había comido cuanto necesitaba comer".

# El partido comunista alemán

## UNA ENTREVISTA CON OTTO KUEHLE

Continuando mi encuesta cerca de los representantes de las diversas potencias políticas, he entrevistado a Otto Kuehle, jefe del partido comunista obrero alemán, que se ha formado estos días con elementos separados del partido comunista alemán o espartaquista, que fundaron Liebknecht y Rosa Luxemburgo.

El nombre de Otto Kuehle sonó mucho durante la guerra. Diputado entonces, se solidarizó con las campañas de Liebknecht, formando ambos, en 1915, la única verdadera oposición en el parlamento. Ahora Kuehle se halla al frente de un nuevo partido que representa la tendencia más extrema del radicalismo alemán.

Con palabra segura y dando a la conversación cierto tono propagandista, me relata los antecedente de la división de los comunistas. Fundada a fines de 1918 la liga comunista espartaquista, se nombró un comité provisional encargado de dirigirla hasta la reunión del congreso nacional del partido. En enero y marzo de 1919 se retardó la celebración de ese congreso; pero entretanto, empezaron a notarse en el partido dos tendencias opuestas respecto a la cuestión del parlamentarismo, que era el principal punto de divergencia.

—Antiguo enemigo del parlamentarismo — me dice Kuehle — apoyé a Liebknecht durante la guerra, secundándolo en el Reichstag; pero siempre diferimos respecto a la apreciación de la eficacia de nuestra acción. Mientras él creía que el parlamento era una excelente tribuna de agitación, yo confiaba más en la acción directa, y fiel a mis convicciones, desde el primer día que se fundó la liga comunista espartaquista, combatí la tendencia hacia el parlamento en el comité directivo.

La oposición dentro del partido aumentaba a medida que se acentuaban las diferencias de opinión, poniéndose las cosas de tal guisa, que en la conferencia de Francfort de 1919, en la cual se resolvió convocar para octubre al congreso del partido en Heidelberg, el comité provisional sorprendió la buena fe del partido, presentando una serie de resoluciones favorables al parlamentarismo, para las cuales obtuvo la sanción oficial del partido, declarando que quedaban excluídos de él los que no estubiesen conformes. Naturalmente, se hizo inevitable una división franca, y fué propiciada por la inclinación cada vez mayor del comité central a tratar con los socialistas independientes. La actitud del comité ante las luchas en al región del Ruhr profundizó los antagonismos, convenciéndonos, a mí y a mis amigos, de la necesidad de formar un partido independiente con el nombre de partido comu-

nista alemán. Hubiéramos preferido llamarlo liga; pero de todos modos el nombre no significa nada, puesto que nuestros mayores reproches al comité central comunista consistían en haber degenerado en un simple partido más.

—¿Cuáles son las diferencias entre los dos grupos? — pregunté a Kuehle.

—La diferencia fundamental está en nuestra concepción de la revolución. Nosotros somos enemigos de la centralización y queremos que la organización de las masas trabajadoras brote directamente de cada fábrica y de cada taller, efectuándose el movimiento de abajo para arriba y no al revés. Y como hasta ahora, la experiencia de las pasadas luchas nos demuestra la inutilidad de tener en Berlín un comité central condenado a la impotencia tan pronto como se interrumpen las comunicaciones, queremos organizar el proletariado, conforme a aquella idea, para concluir con las jerarquías y la burocracia obrera. Somos enemigos de los sindicatos, y queremos destruirlos. Es indudable que tuvieron un papel importantísimo en un momento de la evolución capitalista, en el cual sirvieron de arma para las luchas económicas y políticas del partido comunista. Hoy toda lucha política es económica y viceversa y los sindicatos alemanes se han convertido en obstáculo para la revolución. Recientemente hemos tenido un ejemplo: cuando los socialistas independientes y los comunistas acordaron la huelga general, los sindicatos se negaron a secundarlos y la huelga fracasó. Nosotros hacemos una oposición doble: contra los sindicatos y contra el parlamento.

—¿Con qué fuerzas cuentan ustedes?

—Hasta ahora es imposible precisarlas; basta decir que el antiguo partido comunista contaba en agosto último con 150.000 afiliados, y según las estadísticas del congreso de marzo, no tenía sino 40.000 de manera que la diferencia es a nuestro favor. Nuestros principales centros de acción son Berlín, Hamburgo, Bremen y Kiel, y nuestros órganos en la prensa son la "Gaceta Comunista Laborista", de Hamburgo; el "Comunista", de Dresde, y la "Acción", de Berlín, dirigida por Franz Pfeophert.

—¿Qué opina usted del futuro desarrollo de la situación interna en Alemania?

—La actual coalición intenta prolongarse, y después de ella pasaremos a otro gobierno de coalición, pero con etiqueta puramente socialista. Los antirrevolucionarios piensan en infinitas combinaciones, y hacen figurar en ellas al viejo partido comunista, puesto en el manifiesto expedido el 21 de marzo por el comité central de ese partido promete una oposición real ante el gobierno, y su participación en las próximas elecciones confirma su evolución oportunista. Todas estas fórmulas serán etapas transitorias.

—¿Y después? — pregunté a Kuehle.

—Después, cuando el proletariado alcance su plena capacidad

revolucionaria, implantará el comunismo y la dictadura del proletariado. Naturalmente, el comunismo tendrá en Alemania aspectos distintos que en Rusia. Nada más estúpido que suponer que Rusia ofrece a los obreros un modelo universalmente aplicable y fijo que debe copiarse punto por punto.

**Alvares Del Vayo.**

Mayo de 1920.

# Manifiesto del grupo "Justicia" (1)

Convencidos de que en esta hora en que el mundo asiste al nacer de una nueva civilización, ningún espíritu puede permanecer indiferente a los hondos afanes que lo presiden, a los urgentes problemas que propone su advenimiento y a las comunes esperanzas que lo acompañan, sin abdidar la función que le está asignada en la actividad consciente, hermanamos nuestros ideales y lo disponemos para las justas de la voluntad creadora bajo los prestigios de la palabra "Justicia". Suma y síntesis de los anhelos y de las aspiraciones que llenan, que informan, que animan, que constituyen el proceso mismo de la historia del hombre, le erigimos en lema porque sólo con ella podemos expresar el contenido mental de nuestra actitud.

En su nombre afirmamos:

Que el Estado vigente es un instrumento de coerción en lo interno y de conquista en lo externo, que debe ser reemplazado por una forma cooperativa que importe la supresión de las clases y que borre las fronteras trazadas por un nativismo sobrepasado para hacer posible, con ambos procedimientos, la sociedad de los pueblos.

Que es necesario romper la estructura feudal que hace del trabajo una servidumbre, de la producción una buena presa para los piratas del robo y del monopolio; del derecho un privilegio de minorías y del juez un gendarme del privilegio.

(1) Publicamos el manifiesto del grupo "Justicia", de Córdoba, por considerarlo un documento de importancia para la evolución social de la República y que sirve de demostración de que de tierra adentro se puede esperar también un gesto de regeneración libertaria, y que no todos se alimentan de las falsas glorias de un pasado vetusto y nebuloso. No todo es importación extranjera. El alma criolla también palpita de los ideales internacionales. La juventud estudiosa sale de los estrechos límites de una tradición que pudo ser ejemplar y honrosa, pero que no debe servir para estancar el progreso de los pueblos. Todo se transforma, todo cambia. Y si así no fuera no habría vida. — **(N. de la D.).**

Que los valores morales enseñados hasta el presente deben ser denunciados como negaciones destinadas a mutilar en el hombre el único instinto que puede darle la posesión del mundo y de los valores vitales, que es el instinto de rebelión.

Aceptamos en toda su extensión y en todas sus consecuencias las responsabilidades que emergen de esta apostura. Sin falsos alardes ni arrestos inoportunos, nos dignificamos por la verdad y por el profundo respeto de nuestras ideas. Ajenos a la noción jerárquica que aspira a someter el músculo a la obscura servidumbre del intelecto, nos sentimos íntimamente identificados con la actividad del pueblo que produce, que crea, que ama y que espera. Nuestra función es la que asigna la división del trabajo social a quienes aquilatan y examinan los valores creadores en la obra que realiza, día a día, sin desalientos, con fines determinados, la nueva civilidad.

La integración del esfuerzo supone, desde luego, la integración del designio. Queremos un nuevo derecho, un derecho más noble y más alto, no el que se aplica en el tribunal de los jueces sino en el tribunal de la justicia, según la clásica distinción del estoico; queremos una docencia mejor condicionada para los fines humanos; queremos un arte para todas las almas; queremos una nueva organización económica que corrija el desorden capitalista; queremos una política a virtud de la cual todos los pueblos de todas las latitudes se reconozcan, se compenetren y se comprendan.

Nuestro pensamiento está en todo lo que signifique voluntad en acción. Con los que sufren encadenados en las cárceles de Estados Unidos; con los que dicen la buena nueva en Francia, en Italia y en Inglaterra; con los que derraman su sangre por la verdad en Irlanda y en Alemania; con los que piensan e inquietan espíritus en España; con los que levantan su voz en el Oriente lleno de sombras; con los héroes civiles de Rusia que han abierto con el ademán del sembrador la aurora del Hombre. Con los hermanos del mundo entero. Nuestro lema es nuestra salutación: ¡Justicia!

**Saúl Taborda. — Carlos Astrada. —Emilio Biagosch. — Ceferino Garzón Maceda. — Deodoro Roca. — Américo Aguilera.**



# Correspondencia Europea

Para VIA LIBRE.

Rusia se defiende. De un lado se apodera de los manantiales petrolíferos de Bakú, entra en Persia con el beneplácito de los persas y es fácil que la enfermedad bolchevique entre en los indios y entonces la hipocresía gubernamental inglesa recibirá su merecido.

De otro lado, los polacos, que vivían de la limosna y que tenían bastante con atajar el tifus que los diezma, osaron con los cañones, fusiles, municiones, aeroplanos, tanques, dinero e instructores ingleses y franceses, atacar a los rusos. En el primer momento dieron un paso adelante y hasta el rey de Inglaterra les envió su felicitación; pero pronto volvieron a mirar al punto de partida, y si los criados del rey inglés — perdón, a Inglaterra, porque según una hoja que escribió un cura inglés y que le costó unos meses de cárcel, Jorge V tiene tres cuerterones de alemán — disculparon al amo; pero no pudo, ni podrá, disculparse el socialista Pilsudski, jefe del ejército polaco. Probablemente, si la Rusia hubiera sido dejada a su libre albedrío, su gobierno sovietista nos hubiera resultado una nueva tiranía; pero confabulados contra ella todos los tiranos del mundo, nuestras simpatías y hasta nuestra ayuda, si es posible, debe estar con el pueblo ruso. Si la república sovietista rusa fuese vencida, todos sufriríamos la reacción, que se enseñorearía del mundo; no vencida, hay una esperanza de que el obrero universal llegue en breve a romper sus cadenas.

Somos optimistas y creemos que los lanudos y tiranos del mundo no vencerán a la Rusia; pero nuestro optimismo no debe conducirnos a la indiferencia, porque los tiranos no desistirán de vencerla mientras cuenten con un borrego que quiera forjar sus propias cadenas.

Si los rusos vencieron a sus enemigos antiguos, los Kolchak, los Denikin y demás, también vencerán a los Pilsudski con sus aliados, que son los mismos de los otros. Por lo pronto, Krassin en Londres es un triunfo moral. El gobierno inglés, que ha regalado a Polonia los elementos de muerte, ha tenido que tratar con él, y aunque se quería hacer ver que era para cambio de mercancías, no pueden negar que también fué para cuestiones políticas, y que la representación de la República socialista se ha impuesto a Inglaterra, contra la voluntad de su gobierno.

Inglaterra se ha querido meter en lo que no puede ganar mucho, pero sí perder.

Ayudar a Polonia. Pero ¿qué puede darle Polonia? Poca cosa, mientras los rusos le dan su merecido colándose por Persia y amenazando la India, que es ir al corazón de la Inglaterra capitalista.

Así que para salvar la India, esto es, su "cofre-fard", y que, al fin, no la salvarán, deberán abandonar a Polonia, y Polonia, dejada por Inglaterra, será vencida, y no dejada también.

---

En Alemania se han hecho elecciones; los socialistas oficiales, que tienen el gobierno a lo kaiser, han perdido votos, y los socialistas que se dicen independientes han ganado. Pero todo esto no tiene gran importancia, porque si cogieran el poder los independientes, no serían mejores ni menos bárbaros que los otros. El poder fué siempre el arma de la tiranía, la garantía de los tiranos, y hoy, que al pueblo se le ha subido a la cabeza la dichosa locura de romper sus cadenas, de ser el AMO de sí mismo, los enemigos sólo pueden sostenerse por el terror. Así hoy las Repúblicas son más tiranas que las Monarquías — si más cabe, — y las socialistas no se quedarán atrás; Noske y Pilsudski, son buenos ejemplos.

Estas conclusiones que marcan las elecciones, nos dan el descontento que reina entre los corderos-votantes, pero también nos dice que esos corderos son bien corderos, con mucho aserrín y poco fósforo en su cerebro. Descontentos, creen que la culpa de su mal estriba en unos y votan por otros, y puestos éstos en lugar de los otros, son iguales y vuelta a cambiar de amos, en vez de eliminarlos a todos.

---

En Italia el obrero se mueve y un día y otro crea conflictos cada vez más serios y audaces al enemigo.

Malatesta declaró hace días al corresponsal de "Daily Herald" —que declara hallarlo rejuvenecido de cuando lo vió en Londres,— que las ideas hacen progresos y que la situación sólo tiene una solución: o la eliminación de los anarquistas por el gobierno o la de éste por los anarquistas. La primera solución la cree imposible, porque el gobierno está muy débil.

---

En Francia varía la cosa. Fué, dicen, el cerebro del mundo. Luchó por la libertad, hizo reconocer "en el papel" los derechos del hombre y hoy se dedica a imponer la tiranía.

No sé si lo he dicho, pero nada se perderá con repetirlo: su cámara cuenta con 127 diputados millonarios y el presidente del gobierno, uno de tantos, que consiguió ese rango con su honradez haciendo las liquidaciones de las congregaciones religiosas, no se ignorará que es un renegado ex socialista, si socialista fué alguna vez. Cierto que de los políticos franceses no renegados sobran dedos en una mano para contarlos.

—La huelga ferroviaria fué un fracaso. Para que un movimiento interese a los obreros hay necesidad que persiga algo que le interese del momento. Este movimiento no tenía nada estimulante: la nacionalización de las vías férreas. Cierto que esta nacionalización, nuevo sistema, inventado por Jouchaux, no consiste

en que el Estado se encargue de las líneas, sino un Comité del Pueblo, en el que figuren todas las clases sociales, a fin de que el servicio resulte en beneficio de todos.

Esto es algo de aquello que Pucheta expresó con claridad suma, puesto que esta nacionalización algo dificililla, como la otra, nada resolverá, se precisa la socialización, pero ésta es imposible en el régimen burgués. Luego hay que derribar al régimen, y esto no se hace predicando pacifismo y declarando que son agentes provocadores aquellos que aconsejan a los obreros procedimientos más enérgicos. La dirección de la huelga fué entregada al Comité de la Confederación y ésta fué llamando al paro a mineros, marinos, edificación, amueblamiento, electricidad y alumbrado, que respondieron en escaso número, ya que no les interesaba directamente, puesto que ninguna reclamación hacían.

Y dejaron a los tipógrafos. Más petulantes en su inmensa mayoría, que se creen superiores y en todo movimiento sirven los intereses burgueses, componiendo las mentiras que los enemigos de los obreros escriben.

El gobierno del renegado Millerand inventó un complot y apresó no sólo a los ferroviarios que se distinguieron por sus ideas más avanzadas, sino a los simpáticos de la tercera internacional.

Y "Le Matin", uno de los periódicos más sucios del mundo, y que la revolución, si se hace en Francia, no debe perdonar ni al último cajista, se esfuerza en probar el complot, publicando las mayores mentiras y relacionando con el mismo los actos más diversos y lejanos. Así no sólo la huelga ferroviaria era uno de los hechos de los conspiradores, sino los sucesos de Méjico, de Persia, de Irlanda, etc.

Resultado de la obra pacificadora de Millerand es que en tres meses se cuentan 10.000 obreros despedidos, unos 4000 ferroviarios revocados, sobre un millar de arrestos.

Y para corolario, últimamente han sido condenados por un artículo de "La Libertaire", en rebeldía, Loréal y Content, a 18 meses de prisión y 1500 francos de multa, y Journo a un año de prisión y 1000 francos de multa.

Por un "trat" editado, Loréal, Mouche y Peache, a 18 meses de prisión y 1500 francos, y Bellanger y Porta, a un año de prisión y 1000 francos de multa.

---

Pasando a España, repetiremos que Torquemada y Arbués continúan.

Cayó Allende Salazar, que Alfonso debió pescar en el Nervión, en un día de tormenta; un cuarterón de hombre, que, nacido en Vizcaya, quiere ser de Zaragoza, que llenó de aventureros los gobiernos civiles que tienen, porque sí, en las cárceles a centenares de prisioneros, y lo reemplazó Dato, el héroe de 1917, cuyo ministro

de la Gobernación se ha contentado con decir que se "horrorizaba al saber el número de presos gubernativos"; pero es el caso que los presos, presos siguen, y los gobernadores que los apresaron también siguen en sus puestos, y aunque se ha hecho una combinación, en ella no han entrado los que se han distinguido abusando de los trabajadores.

Hace poco, en "Solidaridad Obrera", de Bilbao, el Comité de la Confederación Nacional publicó un escrito desautorizando a José Sánchez Rosa, un viejo anarquista andaluz. Ni una prueba aducían: había que creerles como apóstoles obreros. Y resulta que en Sevilla, unos señores que ocupan puestos oficiales, han sacado dinero a los obreros para "ciertas cosas" y lo han empleado en francachelas — lo que no ha ocurrido en Sevilla sólo, desgraciadamente — y Sánchez Rosa, sobre quien pesa responsabilidad moral, protesta contra los autores de semejante abuso, y hete aquí que el Comité, mal informado, o por lo que sea, quiere poner en entredicho a un honrado compañero en beneficio de pillos. Quien estas líneas escribe, sabe algo de esas pillerías de los "defensores" de los obreros, y no puede dejar sacrificar a un compañero sin las pruebas convincentes.

—El 16 de mayo dejó de existir en Barcelona Andrés Cuadros, que fué director mucho tiempo de "Solidaridad Obrera", semanal y diaria. Ha sufrido nueve meses de cama, y, por consiguiente, llegado a la última miseria.

—Por "Helios", revista vegetariana de Valencia, sabemos que se publica en Ferrol "Cultura Libertaria", que por el título es de los nuestros.

---

En Portugal marcha la propaganda. "A Batalha" sigue siendo perseguida por la policía, como igualmente "A Comuna". La Confederación acordó el boicot a las procedencias de España si no se libertaba a los presos gubernativos, se abrían los centros obreros y se daba libertad a la prensa obrera para publicarse. El representante español hizo que se apresara a un miembro del Comité, pero se arrepintió de su paso y él mismo pidió lo libertaran.

---

De Inglaterra, poco nuevo hay. Se acordó el boicot a las municiones con destino a Polonia, y el Comité Ejecutivo de los ferrocarriles del Noroeste, acordó que se condujeran. En algunas partes los ferroviarios han celebrado mitines para pedir la dimisión del Comité Ejecutivo, pero, al fin, el Comité ganará.

Todavía los leaders obreros ingleses — que algunos no conocen una papa de la cuestión social, — tienen mucho poder sobre las masas. Cierto que ese poder va a menos, que el idealismo obrero aumenta; pero aún faltará mucho tiempo para que el obrero inglés esté en condiciones de hacer su deber social.

**Adanada.**

Londres, junio 13 de 1920.